

NEW LEFT REVIEW 142

SEGUNDA ÉPOCA

SEPTIEMBRE-OCTUBRE 2023

ARTÍCULO

LOLA SEATON	Sobre el «capitalismo político»	7
NATHAN SPERBER	Partido y Estado en China	35
ANAHID NERSESSIAN	Notas sobre el tono	63

LA SITUACIÓN DE GRAN BRETAÑA

PETER WOLLEN	La nueva ola británica	87
RAYMOND WILLIAMS	La ficción y el teatro	95
ERIC HOBSBAWN	La sociedad, la nueva y la vieja	III
RALPH MILIBAND	Si el Partido Laborista gana...	125
PERRY ANDERSON	Giorgio Fanti	139

CRÍTICA

ROBIN OSBORNE	¿Es importante el mundo antiguo?	155
GREY ANDERSON	Grandes narrativas	168

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



SUSCRÍBETE

ts
traficantes de sueños



ERIC HOBSBAWN

LA SOCIEDAD, LA NUEVA Y LA ANTIGUA

LA PARADOJA DE la Gran Bretaña de posguerra es que la estructura social no ha cambiado mucho, mientras que la superestructura –o, más concretamente, los aspectos más visibles de la vida social británica, sus hábitos y costumbres– ha experimentado un cambio generalizado. La segunda de estas observaciones es obvia, pero no tanto la primera, que se ha visto oscurecida por una serie de factores. En primer lugar, las apariencias externas y los estilos de vida en Gran Bretaña han cambiado claramente: los trabajadores de mediana edad de provincias, que pasan sus vacaciones en Rimini en lugar de en Scarborough; el *boom* de la construcción, que ha dejado el centro de nuestras ciudades irreconocible; la transformación de Gran Bretaña, que ha pasado de ser oficialmente una de las sociedades más puritanas a ser una de las más permisivas sexualmente; el nuevo carácter multinacional y multirracial de la vida urbana; o el caso Profumo. Un trasfondo de autoanálisis y autoobservación recorre ahora la prensa y los medios de comunicación, aunque sin alcanzar todavía el nivel de introspección de Estados Unidos. Quien se toma la temperatura de hora en hora tiende a exagerar la importancia de las fluctuaciones momentáneas. En aquellos tiempos felices en que los británicos se veían a sí mismos con una convicción acrítica de su superioridad, se sentían más seguros, porque no registraban tales movimientos. Hoy tenemos que prestarles atención. Por último, se ha formado una nube de propaganda en torno a la situación británica, creando seudoproblemáticas en torno al cambio.

Cualquiera que refresque su propia memoria de los años del gobierno laborista de 1945 recordará las tonterías que se difundieron en los círculos políticos. Los portavoces laboristas sostenían que Gran Bretaña había experimentado una «revolución silenciosa». Tanto laboristas como conservadores afirmaban que los ricos habían sido eliminados por mor del sistema tributario y que había comenzado el reino de la igualdad económica. Diez años más tarde los promotores de la «sociedad opulenta» decían que «nunca nos había ido tan bien». La pobreza había desaparecido y, aunque nadie osara afirmar por entonces que la riqueza también había desaparecido, sí se decía que las viejas diferencias de clase británicas se habían diluido en las aspiraciones comunes de todos, que se materializaban en televisores, coches y otros bienes de consumo. Hubo quienes –en su mayoría personas sin ninguna simpatía socialista– llegaron a preguntarse muy seriamente si el Partido Laborista, como partido de la clase obrera con conciencia de clase, tenía algún futuro. Mientras, se elaboraba un mito de una categoría diferente: el de la decadencia británica. Escuchar los debates de la época sobre la entrada de Gran Bretaña en el Mercado Común era una experiencia desconcertante. A un observador incauto se le podía hacer creer que este país no solo había dejado de ser un gran imperio y una gran potencia militar, lo cual era obvio, sino que se había convertido en una especie de gran Portugal. La mera cantidad de tiempo y de cinta de máquina de escribir desperdiciada en hacer circular una y otra vez estas caricaturas podría haber bastado por sí sola para aumentar la productividad británica.

Gran Bretaña, por supuesto, es un país amante de los mitos, lo cual siempre ha dificultado toda evaluación realista de su situación social. El país pionero del industrialismo –y en el que la urbanización ha avanzado más que en ninguna otra parte del mundo– sigue deleitándose en promocionarse a sí mismo con fotografías de bonitas casas de campo con techo de paja ubicadas en pequeños pueblos, que tienen la ventaja de atraer a los turistas estadounidenses con más eficacia que cualquier otro tipo de publicidad. Estamos sometidos al peso de la monarquía, los títulos hereditarios, los honores y condecoraciones reales, las pomposas costumbres y ceremonias, pero en realidad es más fácil para un hombre relativamente pobre, privado de conexiones sociales y familiares, entrar en el mundo de los negocios y hacerse millonario en Gran Bretaña que en Estados Unidos. La imagen de nuestro derecho es majestuosa y ecuánime, pero es casi seguro que un ciudadano corriente recibirá un trato más justo en otros países europeos. Scotland Yard es sinónimo

de eficacia en la investigación, pero Gran Bretaña es hoy conocida por los gigantescos atracos bancarios perpetrados por «desconocidos». Gran Bretaña habla con orgullo de sus libertades civiles, pero un funcionario acusado, por ejemplo, de simpatías comunistas tiene casi con toda seguridad mayores garantías legales y constitucionales en la Francia de De Gaulle que a este lado del Canal. La ilusión y la realidad siguen separadas por un abismo a su manera tan grande como el que separa al Lord Mayor de Londres –un hombre de negocios nombrado cada año para presidir banquetes y desfiles pintorescos– del funcionamiento real de la ciudad con la que no tiene nada que ver.

Bajo estas capas de mitificación, los cambios reales en las estructuras fundamentales de Gran Bretaña han sido insignificantes. Esto se debe, en primer lugar, a que había poco margen para efectuar cambios fundamentales. Antes de la guerra, Gran Bretaña ya era, en términos de estratificación social, el país más polarizado de todos los grandes Estados modernos. Solo alrededor del 6 por 100 de la población activa trabajaba en la agricultura, principalmente como jornaleros, frente al 88 por 100 que percibía un salario mensual o semanal. Los pequeños comerciantes, artesanos, cultivadores directos y otros «autónomos» representaban igualmente tan solo el 6 por 100 de la población. Desde entonces, la polarización ha aumentado ligeramente, sobre todo gracias al declive de los pequeños estratos intermedios, pero sin una inversión de las tendencias históricas a largo plazo los cambios de esta naturaleza son necesariamente pequeños.

En el marco de esta situación general, hubo naturalmente fases más espectaculares, aunque estas no hicieron sino perpetuar una tendencia internacional anterior a la guerra. Dos tercios de la población masculina británica son trabajadores manuales y entre los no cualificados –y en determinados sectores, como la construcción– los inmigrantes extranjeros constituyen un elemento desproporcionadamente grande. Sin embargo, el mayor contingente de estos inmigrantes procede de la tradicional reserva de mano de obra no cualificada que es Irlanda, que ahora envía hasta un tercio de su población total a la isla vecina. La afluencia de trabajadores de color –principalmente antillanos y pakistaníes– se vio bloqueada en 1962 por una legislación discriminatoria¹. Las profesiones

¹ Sin embargo, la inercia económica de Gran Bretaña y el declive de algunas profesiones asalariadas han provocado una emigración masiva de técnicos, profesionales y miembros insatisfechos de las clases medias más bajas, lo que ha compensado en cierta medida la inmigración.

no manuales y de «cuello blanco» están en fase de expansión, pero esto coincide con su asimilación al estatus proletario o al menos con su disposición a afiliarse a sindicatos. Desde 1945 profesiones como los profesores universitarios, los empleados de banca, y el personal técnico y «conceptual» se han organizado vigorosamente en sindicatos. Más importante aún, la entrada de grandes organizaciones, hasta ahora independientes, de empleados administrativos en el Trade Union Congress –la confederación de sindicatos británicos estrechamente vinculados al Partido Laborista– se discute ahora libremente.

Si examinamos la situación en su conjunto, no ha habido cambios sorprendentes o espectaculares en la estructura de clase o en la distribución de los empleos en el país. Los empresarios siguen siendo empresarios, aunque el Estado ocupe un lugar más destacado que antes; los trabajadores siguen siendo en su mayoría trabajadores y cada vez son menos los que no viven durante el mes o la semana respectivamente gracias a su nómina o a su cheque. Es lógico que, por término medio, los británicos estén mucho mejor. El simple hecho de que el paro, que nunca bajó del 10 por 100 en el periodo de entreguerras, haya sido insignificante desde 1945, con raras excepciones, habría garantizado por sí solo la mejora. Las reformas sociales del gobierno laborista de 1945 se han traducido en un beneficio casi universal, aunque paradójicamente la clase que más se ha beneficiado de ellas es la de los profesionales asalariados menos acomodados y no tanto los trabajadores. Este avance es tan patente que hasta hace poco se ignoraba la persistencia de la pobreza y las pésimas condiciones de la vivienda. El año pasado, uno de cada diez ciudadanos británicos tuvo que recurrir –en un momento u otro– al National Assistance Board (el sucesor moderno de la antigua Ley de pobres), mientras la vida de la clase trabajadora sigue siendo, en efecto, una condena a la pobreza. Pero las antenas de televisión, los automóviles y las lavadoras, cada vez más comunes, hablan por sí solos. Desde un punto de vista material, la vida de la mayoría de la gente es más fácil y mejor. Para algunos grupos, como los jóvenes relativamente bien pagados en los pocos años que distan entre la escuela y el matrimonio precoz, es mucho más fácil. El dinero y la certidumbre de poder encontrar un trabajo les permiten una cierta libertad –vacaciones y viajes, por ejemplo– de la que los trabajadores no disfrutaron en el periodo de entreguerras.

Desde hace varios años, los sociólogos han identificado, como resultado de todo ello, un aburguesamiento de la clase obrera británica. Sin

embargo, los hechos no respaldan la idea de que esto se haya producido a gran escala, como tampoco hay ninguna razón especial para que se produzca este fenómeno. Suponer que lo único que impide a la clase obrera adoptar todas las formas y valores de la vida de la clase media es la falta de dinero es simplemente una superficialidad pequeñoburguesa. Incluso en la medida en que esto sea cierto, la relativa prosperidad de la mayoría de los trabajadores británicos ha sido demasiado modesta y efímera como para alcanzar el nivel de vida que la industria publicitaria querría imponerles. Para la mayoría de los que pueden permitirse coches y lavadoras, se trata de objetos *útiles*, no de símbolos de estatus social. Demasiado a menudo, su problema sigue siendo cómo asegurarse una vida decente, no «ponerse al nivel del vecino de enfrente». En cualquier caso, en amplios sectores de la clase trabajadora, especialmente en las antiguas regiones industriales, las tradiciones comunes sobreviven ininterrumpidamente. Las viñetas de *Andy Capp*, publicadas por el periódico de tirada masiva más típico de la clase obrera, el londinense *Daily Mirror*, siguen representando al obrero británico fiel a la tradición, en casa con su gorra de paño, un pitillo en la comisura de los labios, en mangas de camisa y tirantes, señoreando a su mujer como hacía su abuelo. Y no es casualidad que la serie de televisión de más éxito sea *Coronation Street*, la epopeya interminable de un barrio obrero en una típica ciudad industrial del Norte.

Como es natural, las comunidades obreras del pasado, tan unidas y organizadas, han perdido su carácter cohesivo bajo el impacto de la transformación industrial, los nuevos planes de vivienda y el pleno empleo. Ha surgido toda una literatura sociológica y semisociológica que lamenta este declive, pero los que describen las áreas suburbanas de Leeds y Bethnal Green como una especie de paraíso espiritual perdido suelen ser intelectuales de clase media –especialmente aquellos cuyos padres eran trabajadores– y socialistas confundidos, que lamentan la tendencia de los trabajadores a ver la televisión en lugar de unirse a comités y a cursos de educación para adultos. Es cierto, sin embargo, que las organizaciones del movimiento obrero desempeñan un papel menor que antaño en la vida cotidiana de todos, salvo los más veteranos, al igual que las actividades tradicionales como ir a un partido de fútbol. Pero bajo la superficie los reflejos y hábitos proletarios perviven intensamente. Los sociólogos que trabajan sobre el terreno en una de las nuevas zonas residenciales típicas descubren para su sorpresa (pero no para la de sus habitantes) que allí la vida se sigue rigiendo claramente por las

mismas normas de los antiguos barrios obreros. Votar laborista es un reflejo permanente de la conciencia de clase: «Es el partido de los trabajadores», es la respuesta casi invariable de los simpatizantes laboristas cuando se les pregunta la razón de su voto. Esto tiene una explicación. Las diferencias de clase en Gran Bretaña no solo siguen siendo fuertes: en cierto sentido han cristalizado en diferencias de casta. Este fenómeno opera desde arriba hacia abajo a través de una transformación tanto de los ricos como de los pobres.

Polarizaciones

Una de las bromas más macabras de los últimos doce años de gobiernos conservadores ha sido la vuelta a las costumbres de la clase alta justo en el momento en que los cimientos de la grandeza imperial británica empezaban a desmoronarse. La *belle époque* a la que aspira Macmillan –al igual que Adenauer y De Gaulle– es la anterior a la Primera Guerra Mundial: los clubes de Saint James, las recepciones en las casas de campo ducales, las cacerías de urogallos en Escocia, o los aristócratas con primos en el gobierno que inspeccionan sus propiedades ataviados con *tweeds* cortados en Savile Row. Todas las instituciones de la era eduardiana –los clubes, las escuelas privadas, sobrevaloradas y selectas, e irónicamente denominadas «*public schools*»– han disfrutado de un periodo de prosperidad sin igual. Por extraño que parezca, los diputados y ministros conservadores son hoy mucho más *aristocráticos* que en los años de entreguerras: solo uno de cada seis ministros proviene de una familia, cuya fortuna se ha amasado en el lapso de una sola generación, y la mitad pertenece a las clases altas tradicionales y a la aristocracia. Es cierto que pocos hombres de peso en la vida económica británica actual –empresarios y sindicalistas– cambiarían la influencia real que ejercen por la importancia ilusoria de un escaño en el Parlamento o, si son muy ricos, aceptarían el sacrificio financiero que conllevaría un puesto en el gobierno. Al menos un ministro ha preferido dimitir antes que correr el riesgo de tener que vender sus acciones de la empresa familiar a un precio desfavorable. También es cierto que la cara oficial del gobierno se corresponde cada vez menos con la estructura real del capitalismo británico.

El poder en la sociedad británica, sin embargo, también está cada vez más alejado de la vida de la clase trabajadora. Quienes toman las decisiones son una elite de licenciados universitarios –en su mayoría reclutados en Oxford y Cambridge, excepto en algunas disciplinas científicas– o

antiguos alumnos de las *public schools*, o ambas cosas simultáneamente. Incluso a día de hoy, no más de dos o tres de cada cien jóvenes en la veintena estudian y no más del 1 por 100 asiste a *public schools*. Los ricos no solo son tan ricos que sus fortunas los alejan irremediabilmente de la mayoría social: una vez que se ha pasado el miedo a los gobiernos laboristas de posguerra, han recuperado el coraje y el gusto por exhibir sus riquezas. Pero hay más: su propio *modus operandi* los separa de aquellos que viven de un sueldo o un salario. Estos últimos pagan impuestos sobre sus ingresos. No tienen más remedio, ya que se les descuentan directamente de su nómina. En cambio, las personas que disfrutaban de ingresos procedentes de la propiedad o de empresas comerciales tienen acceso a una enorme –y perfectamente legal– pirámide de dispositivos para evadir impuestos y hasta hace algún tiempo la principal fuente de ingresos brutos durante el largo periodo de expansión de posguerra, la revalorización del capital, estaba exenta de impuestos. En este periodo este complejo de «gastos empresariales», esquemas de evasión fiscal, transferencias de propiedad nominal, fideicomisos exentos de impuestos, fondos de pensiones y beneficios de diverso tipo vino a contrarrestar la tendencia teórica hacia una redistribución igualitaria de la renta por medios tributarios y, tal y como ha demostrado el profesor Richard Titmuss, ha conducido, al menos desde 1948, a un rápido crecimiento de la desigualdad de la renta. Pero la cuestión es más profunda. Todo el entramado de cómo organizan sus finanzas quienes no viven de un sueldo o un salario es tan irrelevante e incomprensible para el 90 por 100 de la población como lo eran las reglas de la heráldica para los siervos medievales. Lo único que entienden es que implica engaño y estafa. (La distinción moral entre «elusión fiscal», que es legal, y «evasión fiscal», que no lo es, solo persuade a unos pocos, incluyendo entre los mismos a quienes se benefician de esta última).

Muy por debajo de estas alturas, la mayoría de la clase trabajadora británica vive en condiciones totalmente diferentes. En la parte inferior de la escala social, ese tercio de la población constituido por trabajadores y trabajadoras manuales no cualificados o semicualificados se enfrenta a toda una vida de laboriosa rutina, sin interés ni futuro. Su única esperanza de ascenso social es la misma que la de los pobres napolitanos o la de los negros, aunque su situación material sea naturalmente mejor: la suerte (ganar la lotería o ser «descubierto» como cantante popular), o bien la habilidad en el deporte o el arte. La educación, único medio eficaz de movilidad social, les ofrece poco a sus hijos y nada que les sea

realmente útil. Por el contrario, el sistema educativo antidemocrático británico viene excluyendo oficialmente desde 1944 a la mayoría de los niños de once años de cualquier perspectiva seria de completar su educación, porque se parte del convencimiento de que pertenecen a una casta permanentemente inferior. El hecho de que, en teoría, la educación esté abierta a todos no hace sino acentuar su sentimiento de exclusión. Entre los jóvenes de este estrato social, la década de 1950 fue testigo de un revelador tipo de conciencia de clase expresada en una idealización de las «estrellas» de la gran pantalla que reflejan las características sociales de este grupo. El cantante pop ideal de finales de aquella década era un chaval de menos de veinte años que había realizado trabajos manuales (marinero o ayudante de camionero), sin ningún talento o habilidad especial, y que hablaba con un marcado acento de clase trabajadora. Los valores de la clase media no solo no eran atractivos para este estrato social —excepto en la medida en que querían lo que el dinero podía comprar— sino que incluso eran impopulares, ya que representaban aquello a lo que los trabajadores no cualificados y semicualificados no podían aspirar. Al mismo tiempo, el *aburguesamiento* de los dirigentes laboristas restaba atractivo a su política y a su organización. Solo la campaña contra la bomba de hidrógeno, con su atmósfera de rebelión anárquica contra *todo* orden constituido, tuvo un impacto en esta generación perdida. En Gran Bretaña, los llamados *rockers* decoraron sus prendas de cuero con el símbolo de la Campaña por el Desarme Nuclear.

Ni siquiera los obreros industriales cualificados, pilares del movimiento obrero, sienten la tentación de distanciarse de la conciencia de clase, porque la diferencia entre los que tienen lo que la mayoría considera un buen trabajo y los que no hacen nada es quizá más marcada que nunca. Un reciente programa de televisión que exploraba la situación de Gran Bretaña en la era de la automatización predijo (correctamente) la supervivencia de grupos de trabajadores experimentados e indispensables, orgullosos de sus capacidades, que repararían, mantendrían y construirían edificios y maquinaria en el futuro, y afinarían sus prototipos: trabajando a su ritmo normal, vistiendo su ropa habitual, bebiendo su té tradicional, insistiendo, conforme al convenio, en la presencia de un «compañero» que les ayudara con las herramientas adecuadas; y, casi con toda seguridad, siendo miembros apreciados de sus sindicatos. La perspectiva no es que estos hombres pasen a considerarse de clase media, sino que su número está destinado a disminuir. De hecho, los más inmediatamente amenazados por el avance de la automatización

no son los trabajadores cualificados, sino los no cualificados y semi-cualificados y, sobre todo, la gran masa de personal de oficina y otros empleados en actividades rutinarias.

La verdadera tierra de nadie social y políticamente hablando está ocupada por el tercio de la población que no realiza trabajos manuales. Y como este tercio también incluye a los que escriben artículos y preparan material de radiodifusión, el malestar que impregna muchos análisis de la Gran Bretaña de hoy es un fiel reflejo de su propia incertidumbre. Evidentemente, este grupo incluye profesiones en auge y otras en declive. En un extremo están las clases medias tradicionales en su encarnación más modesta, empleados que viven en pequeñas casas suburbanas con crecientes costes hipotecarios u otros préstamos destinados a la adquisición de una vivienda, gastos de desplazamiento diarios cada vez mayores e ingresos relativamente escasos con los que mantener las exigencias cada vez más costosas de un nivel de vida «respetable» similar al de los vecinos más acomodados. La revuelta de electorados locales formados por gente como esta, Orpington entre ellos, marcó el comienzo del colapso de los conservadores y el renacimiento liberal. Si Gran Bretaña tiene una clase potencialmente fascista, es aquí donde hay que buscarla. El miedo, el resentimiento y el odio —a la clase obrera, a los estadounidenses, a los negros o a los comunistas— son expresiones de sus ansiedades.

En el otro extremo están los profesionales dinámicos, los cuadros técnicos y científicos de la sociedad de mediados del siglo XX: personas que tuvieron éxito en la escuela, seguras de sí mismas y de su función social, resentidas solo por su falta de estatus social y la ausencia de recompensa material, que atribuyen en parte al estancamiento y la ineficiencia de la economía británica y en parte a un sistema rígido y anticuado basado en el «prestigio». Una encuesta realizada recientemente por una revista leída exclusivamente por personas de este tipo menores de 40 años resume muy bien su actitud. Para ellos, las instituciones que necesitan reformas más urgentes son los sindicatos, las organizaciones patronales y el Parlamento; la que menos, en cambio, el sistema de seguridad social. La «inversión masiva en educación y formación técnica» es la tarea nacional más importante; el «fortalecimiento de la alianza occidental» y la entrada en el Mercado Común no tienen ninguna importancia para ellos. Consideran que los cambios más notables acaecidos en la vida británica desde la finalización de la Segunda Guerra Mundial son

la mayor igualdad social y la actitud más sana hacia el sexo. Tres cuartas partes se oponen a la disuasión nuclear británica y dos tercios a las escuelas privadas, las mal llamadas *public schools*. La mayoría rechaza las películas y los programas de televisión estadounidenses, aunque les encantan las vacaciones en el extranjero y el diseño italiano. Se muestran neutrales o a favor de la inmigración de personas negras. El 40 por 100 se ha planteado emigrar (a Canadá, Australia, Nueva Zelanda, Estados Unidos o Suecia) con la esperanza de obtener mayores ingresos, mejores condiciones de trabajo y un sistema social más amable. El 70 por 100 no se opone al control estatal de la industria. Estos son los nuevos hombres y mujeres de las clases medias británicas en la era de la burocracia y la tecnocracia: un poco a la izquierda del centro, en ciertos aspectos provincianos, políticamente aún indecisos. Son los típicos representantes de un gran número de votantes que en los últimos años han retirado su apoyo a los conservadores sin abrazar todavía a los laboristas. Es a ellos a quienes Harold Wilson, él mismo un profesional de este tipo social (escuela secundaria de provincias, becario, investigador científico, administrador y economista), dirige la propaganda electoral del Partido Laborista.

Divergencia estructural

Nada es más ridículo que la idea de una Gran Bretaña en la que las distinciones y los conflictos de clase tradicionales estarían en declive. Sin embargo, aunque persisten y siguen constituyendo la base de la política británica, que consiste en una lucha directa entre el partido de los empresarios y de las clases medias más antiguas y el partido de los trabajadores, estas distinciones y conflictos se han visto extrañamente silenciados y modificados desde finales de la década de 1950. La prueba más evidente de ello es la crisis que atraviesan los dos grandes partidos: la pérdida de apoyo de los conservadores, que se hizo cada vez más patente a partir de 1956, y la incapacidad de los laboristas para ampliar su sólido y, a falta de una catástrofe, indestructible bloque de apoyo en la clase obrera. Esto, a su vez, creó el vacío que el Partido Liberal ha llenado temporalmente, atrayendo el apoyo, sobre todo, de los votantes insatisfechos de clase media (y en muy menor medida, el de los laboristas).

El malestar con la política tradicional que cristalizaba en todo esto se debía en parte a la divergencia cada vez mayor entre, por un lado, las estructuras organizativas y las direcciones del capital y el trabajo y, por

otro, las tendencias económicas y sociales reales del país. Las primeras son conservadoras y, por lo tanto, muy ineficaces. Una investigación sobre el funcionamiento de determinadas industrias británicas (realizada por el estadístico Tibor Barna) reveló que las empresas más dinámicas y racionales eran casi sin excepción las fundadas por extranjeros (refugiados, por ejemplo) a partir de 1940, las controladas por grupos minoritarios como cuáqueros y judíos y las sucursales británicas de empresas extranjeras. (A lo que cabría añadir que la investigación también reveló una estrecha correlación entre la mala gestión tradicional y la mala predisposición cívica). Al mismo tiempo, la estructura del movimiento sindical, con sus innumerables organizaciones sectoriales y generales, nunca se ha adaptado al desarrollo industrial más allá del siglo XIX, lo cual se debe en parte a la incapacidad de los dirigentes laboristas para aprovechar la oportunidad que supuso 1945, lo que se tradujo en una decepción y apatía generalizadas y en la conocida propensión de los laboristas a transformarse en un apéndice menor de la clase gobernante británica. El Partido Laborista, el gobierno permanente y potencial de Gran Bretaña, ha actuado persistentemente como si gobernar, con la excepción de raros intervalos, fuera asunto de las clases dominantes.

Pero el silenciamiento de los conflictos tradicionales es también el resultado de la desmoralización general de la vida en Gran Bretaña en la década de «la sociedad acomodada». Los últimos años han sido los primeros en los que la mayoría de la población ha tenido empleos estables, muchos de ellos con salarios que no eran del todo inadecuados. A falta de liderazgo por parte del movimiento obrero, estos años han sido también los primeros en los que los valores de la sociedad de consumo han influido en el tejido de la vida británica, lo cual ha ocurrido en el contexto de una economía estancada y generalmente parasitaria en la que, incluso entre los ricos, las fortunas más considerables y notorias se derivaron no de la actividad productiva, sino de la compraventa, la publicidad y la especulación en los mercados bursátiles e inmobiliarios. Las figuras del agente publicitario y el experto en relaciones públicas, que se han convertido en el principal objetivo de las sátiras de los jóvenes de clase media, no son naturalmente la causa sino solo los síntomas de esta situación. Pero las consecuencias son graves. Este fue el momento en que el *Daily Mirror*, un periódico lo suficientemente sofisticado como para haber conseguido la mayor tirada de Gran Bretaña captando el tono preciso del sentimiento de la clase trabajadora, complementó su combinación de sensiblería, deporte, chicas guapas y política radical con un interés de nuevo cuño por los negocios y las cotizaciones bursátiles.

El legado más evidente de estos años ha sido la desmoralización de las clases altas tradicionales. El caso Profumo simbolizó de manera patente la fusión de los parásitos más exaltados con los más bajos. Un grupo de mujeres jóvenes y atractivas forjaron un vínculo directo entre el gobierno y la aristocracia, los especuladores inmobiliarios que explotan a los antillanos y los obligan a vivir en chabolas, los periodistas, los productores de cine, los expertos fiscales y la maleza habitual de pequeños delincuentes y traficantes de drogas. O más exactamente, fue el dinero, que, según la tradición, no huele, lo que los unió a todos. El escándalo de los grupos de presión, mucho menos publicitado, que implicaba a agentes de relaciones públicas (con la ayuda de algunos diputados) que utilizaban la Cámara de los Comunes para lanzar diversos productos comerciales, ilustra las mismas tendencias. Pero también son importantes las incursiones más sutiles y menos evidentes en la ética tradicional de la clase trabajadora británica. Son a su vez símbolos del excepcional declive de la calidad del trabajo en Gran Bretaña, un tema muy debatido en los últimos años. El lema de la década de 1950, «*I'm all right, Jack*»*, es absolutamente contrario a los principios por los que la clase obrera británica siempre ha organizado su vida: mutualidad, solidaridad y respeto por el trabajo. «*A fair day's work for a fair day's pay*» [«Una jornada de trabajo razonable por un salario digno»] no es un eslogan que exprese un nivel demasiado alto de conciencia de clase, pero rigió las acciones de los trabajadores británicos durante más de un siglo. Implicaba no solo una actitud militante y unas condiciones de trabajo decentes por parte del trabajador, sino un empleo digno que no privara a los demás de lo mismo. El trabajo, como otras cosas, debe repartirse «de manera justa». A mediados de la década de 1950, seguía siendo difícil encontrar directivos locales para la Steel Company of Wales, porque ni siquiera los hijos educados de los trabajadores galeses podían romper con la vieja tradición de que un hombre no debe ser el jefe de otro. Con todas sus debilidades, el masivo movimiento sindical británico, para desesperación de quienes quieren que los trabajadores subordinen todo a la maximización de la productividad, fue el guardián de esta tradición. Este es el código ético que los últimos doce años han socavado, dando lugar a una desmoralización generalizada.

* Se trata de una conocida expresión inglesa que indica un egoísmo petulante y complaciente, siendo también el título de una comedia de gran éxito del momento. Dirigida y producida por John y Roy Boulting, la película es una sátira de la vida industrial británica de la década de 1950. Los sindicatos, los trabajadores y los jefes son representados como incompetentes o corruptos. Se trata de una de las sátiras realizadas para el cine por los hermanos Boulting entre 1956 y 1963 [N. del T., fuente: *Wikipedia*].

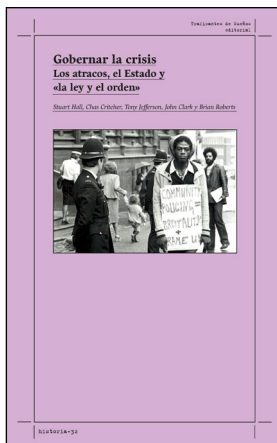
Lo que caracteriza hoy a Gran Bretaña es la combinación de una estructura social fuerte y cada vez más polarizada y el debilitamiento, tanto organizativo como moral, de la superestructura que una vez fue su expresión. Ambas cosas son importantes, pero la primera es fundamental. Nadie puede razonablemente esperar una revolución social en Gran Bretaña, pero, del mismo modo, nadie espera una rápida americanización, excepto en los aspectos superficiales que son del gusto de cualquier sociedad industrial moderna, especialmente cuando hablamos de los bienes de consumo procedentes de Estados Unidos. Las perspectivas políticas de Gran Bretaña no son las de una «Nueva frontera» al estilo de Kennedy, aunque algunos comentaristas de clase media –y algunos intelectuales laboristas que siempre buscan inspiración en sociedades capitalistas, nunca socialistas– se vean tentados de pensar en esos términos. El panorama tampoco sugiere el complejo proceso por el que una minoría comunista o socialista puede hacerse gradualmente con el liderazgo de un movimiento popular de masas, como en los países del Mercado Común. Lo que tenemos por delante es la simple perspectiva de un gobierno laborista que represente hoy, como lo hizo en 1945, las tradiciones de la clase obrera y de las nuevas clases profesionales asalariadas, basado en una mayoría numérica del pueblo británico y de su movimiento obrero.

Publicado por primera vez en italiano con el título «La società: il nuovo e il vecchio» en *Il Contemporaneo*, núm. 63-64, agosto-septiembre de 1963. Retraducido del italiano por *NLR*, ya que el manuscrito original en inglés se ha perdido. © Eric Hobsbawm, 1963.

traficantes de sueños

www.traficantes.net

C/Duque de Alba 13, 28012. Madrid



Gobernar la crisis

Los atracos, el Estado y «la ley y el orden»

Stuart Hall, Chas Critcher, Tony Jefferson,
John Clark y Brian Robert

Colección: historia 32

PVP: 30 €

Este libro es un cuadro agudo y penetrante, seguramente la mejor historia social de Reino Unido para las décadas de 1960 y 1970, en la que desfilan la crisis de las relaciones laborales y la explosión de huelgas del periodo, la parálisis del laborismo convertido en aparato de administración del ciclo de acumulación, el desarrollo y la represión de la contracultura británica, el Ulster, los atentados del IRA y la Angry Brigade, la emergencia de los primeros movimientos sociales, el advenimiento de la nueva derecha que luego dirigirá Margaret Thatcher, pero sobre todo la formación y posterior politización de las comunidades migrantes, principalmente las afrocaribeñas. Sobre la base de las formas de vida de este proletariado negro, parcialmente expulsado en la crisis del empleo regular, este libro muestra el perfil bifaz de la represión del Estado y de unas formas de vida que pasan de la marginalidad y la pequeña delincuencia a estar protagonizadas por una creciente militancia. En conjunto, *Gobernar la crisis* se presenta como uno de los mejores análisis de la forma de la crisis en las sociedades capitalistas avanzadas.